



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Madrid, un mes, 5 rs. PROVINCIAS, trimestre, 15 rs. SUSCRIPCIÓN ANUAL, 50 rs. SUSCRIPCIÓN AL EXTRANJERO, 60 rs. OFICINAS DEL PERIÓDICO: Calle 1.ª de Alcalá, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administración. Se insertan en todas las comarcas.

NUESTROS GRABADOS.

CATEDRAL DE WORMS.

Worms es una ciudad perteneciente al gran ducado de Hesse-Darmstadt. Tiene 8,000 habitantes, y está situada en la margen izquierda del Rin, á siete leguas y media de Maguncia. Fue fundada por los Vanjiones: Atala la arruinó en el siglo V y Clodoveo la reedificó. Durante las guerras de Alemania, en el siglo XVII, fué teatro de sangrientos combates.

En su catedral, que representa nuestro grabado de hoy, se han celebrado muchos Concilios, y la famosa Dieta, convocada por Carlos V en 1521, en la cual se hizo comparecer á Lutero, el cual no se retractó de sus opiniones y fué deserrado del imperio.

LAS ARMAS EN MADRID. (1)

(CARTAS DE... UN FULANO.)

III.

Sr. D...

PARIS.

Fués con efecto,—querido Zutano,—con efecto, era lo que sospechábamos. Aquel joven inquieto, receloso, enigmático, que dejamos en casa del Zuavo, tenía un lance pendiente, y por el caso había ido á prepararse; que aquí, en este país esencialmente católico, no solo se dice: «A Dios rogando y con el mazo dando», sino que á cada paso se repite, entre un guiso y una scorria, el piadosísimo «Fíate en la Virgen... y no corras.» ¡Oh! ¡Esto del golpe de vista es una gran cosa!—¡Y para algo ha de servirte á uno el ser ya perro viejo!

Pues sí, nuestro hombre había tenido su paloteo... á la española, á propósito no sé si de Cánovas ó de Zorrilla, de Frascuelo ó de Lagartijo (porque los toros y la política vienen siendo de muy atrás nuestra comidilla y el inagotable y casi único tema de nuestra alborotada conversación), y como es de rigor en tales trances, hubo una palabra gordas, sus interjecciones sonantes, su agresivo manoteo, y sus insultos y provocaciones correspondientes. Total: una zéria de actos y de frases, que en realidad nunca llegan al honor, explicados y condenados perfectamente por un cierto libello que se llama *El Juancito*, que yo imprimiré y repartiré con verdadera esplendidez á los españoles de toda clase y condición, prometiéndome merecer más á los ojos de Dios, y trabajar más por el progreso y la felicidad de mi patria, que esa respetabilísima é infatigable Sociedad evangélica que desde hace tres ó cuatro años, periódicamente, nos inunda con sus *Tracts*, sus *Pamphlets* y sus Biblias sin notas.

Y como la cosa no valía la pena, los disputadores pasaron una noche infernal é hicieron sufrir lo indecible á sus inocentes y bonisimas familias; y como los primeramente interesados en el lance ignoraban de todo punto en la que se meían, dieron instrucciones á sus padrinos, (elegidos sin juicio ni cautela como para cosa baladí, entre los que presenciaron la disputa) para que el duelo fuera... irremisiblemente á muerte; y como los padrinos no exponían un pelo en el choque y la ocasión era admirable para demostrar energía y bravura á costa de los apadrinados, estuvo en muy poco que la broma hubiera acabado en tragedia concertándose un duelo al estilo de Corcora ó al gusto del *Far West* americano... Pero felizmente pasaron horas; menudearon las conferencias; se pidió papel, pluma y tinta; surgió un acto—y sospecho que todo terminó en Worms.

(1) Véase En Ginepo del 25 de Marzo y 2 del actual.

Pero nuestro hombre había visitado al Zuavo y tomado sus lecciones correspondientes, en vista siempre de su defensa. Más de una vez había abierto los ojos como puños, al tropezar con la punta del sable enemigo en el momento en que, según general costumbre, avanzaba sobre el maestro con el brazo en alto, la mano junto á la cabeza y el sable sobre la espalda. En no pocas ocasiones había quedado sorprendido de la absoluta inutilidad de sus garrotazos al aire, seguidos inmediatamente de una cuchillada recibida en el antebrazo ó en los mismos dedos de la mano. Y seguramente todavía no se explica cómo sus furiosas cuchilladas quedaban cortas, inarced á un movimiento ligerísimo del adversario, que, conocedor de las distancias, se ponía fuera de alcance, retirando dulcemente la mitad superior del cuerpo, sin variar la posición de los pies ni el ángulo formado por las piernas.

Durante las sesiones, las sorpresas no habían sido escasas ni flojas. Pero terminado el conflicto y evitado el duelo,—nuestro hombre se había rebecho.

La utilidad de las armas no era cosa evidente. La esgrima era un juego puramente convencional. El campo es otra cosa que la sala,

como el duelo es harto distinto del asalto. «Allí puede repetirse á los aficionados, aquello que no sé qué torero contestaba á nuestro famoso Miqueles, vocador sempiterno de los tendidos, é implacable acusador de cobardía de los diestros.—«¡Eh, D. Isidoro! ¡Cree esté que aquí se matre de mentirijilla como en el teatro!»

En el terreno no tienen aplicación, ni aun son posibles las posturas académicas;—los pies en líneas diferentes y perpendiculares; las piernas espaciadas y en flexión sobre las rodillas; el cuerpo gravitando sobre la cintura; la cabeza erguida; la diestra á la altura de la tetilla; el brazo izquierdo en alto y arqueado; los dedos en *pronation* ó *supination* (más arriba ó abajo); el codo derecho delante y cerca del cuerpo; los jarretes sueltos; la punta de la espada sobre los ojos del adversario, mantenido siempre á distancia; la vista en la pupila del enemigo...; y, en fin, todas aquellas actitudes y aquellos movimientos que tanto fatigan y tanto alarman á los principiantes en los ocho primeros días.

Allí no se hacen los *passes* y los *golpes rectos* conocidos, ni se gastan zapuallas ni guantes, ni el atacado se resigna á parar únicamente, sino que *para ó no*, según que tiene coraje bastante para

jugarse la vida, hiriendo al propio tiempo que es herido. Allí son admirables la recogida del brazo, la lucha cuerpo á cuerpo, la arremetida, que descompone por un precipitación, un estrépito, su irregularidad y su violencia. Allí lo imprevisto, en una palabra; pero allí sobre todo el ánimo, la voluntad, el valor... ¡el corazón!

Y con esto, nuestro desconocido hace un soberbio *mobin*, alza los hombros, deja sus cinco doblillas, arroja una mirada desdeñosa á los relucientes *cacos* y las descomunales lanzas que adornan la sala, golpea el entarimado, tose fuerte y tarareando baja las escaleras hasta entrar en la corriente general de la calle de Peligros.

Rara, muy rara vez de una lección de duelo resulta en Madrid un discípulo. Y el duelo es uno de los más poderosos motivos que llevan cerca de los Sres. Nicolás, Estanislao ó Duoso, á los habitantes de la villa y corte. Aquí, como en otras muchas partes, las gentes se acuerdan de Santa Bárbara solo cuando traena. Se toma la cosa como de momento, como urgencia y por el lado más desfavorable de las armas, cuyo ejercicio felizmente no se reduce al arte poco moral y nada simpático de «matar hombres.»

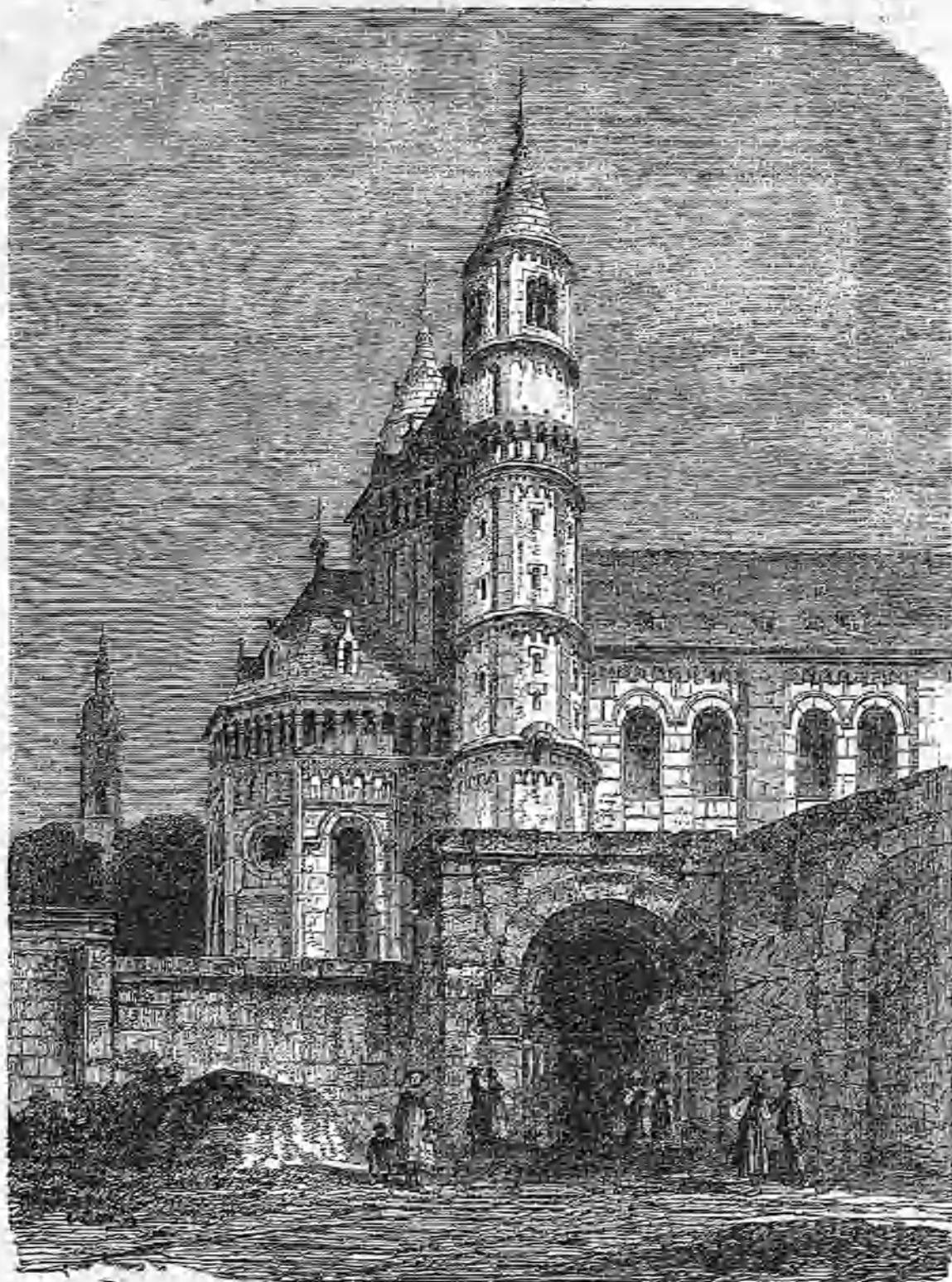
Dejo aparte lo del corazón como supremo cuando no único recurso del duelo. Claro que está que yo reconozco cuánto vale el coraje en todos los trances críticos de la vida; pero no puedo menos de sonreirme ante la pretensión de esos valientes que todo lo han á su ánimo entero y viril, suponiendo graciosamente que su adversario lo ha de tener flaco y fementido. La arrogancia,—mejor dicho, la pedantería no se puede llevar á más.

Tampoco yo niego que el terreno es algo distinto de la sala de armas, y comprendo perfectamente que muchos tiradores de admirable soltura y rapidez extraordinaria, y audacia maravillosa, pierdan un cincuenta por ciento, si no más, de todas sus excelencias, al hallarse frente á un brioso enemigo y exponer en el juego otra cosa que un golpe ó un botanazo. La sangre se enciende ó se hiela según los casos; y la prudencia ó la osadía se llevan á extremos apenas comprensibles en un *asalto*, donde todo se hace con la sonrisa en los labios, suponiendo la hromas de los amigos. Sin llegar á tanto, basta observar cómo se tira en una sala, por ejemplo, sin careta, ó en mangas de camisa,—locura siempre intolerable, pero que de vez en cuando la gente joven y *fachendosa* se permite.

Pero lo grave del caso y lo estrepitosamente absurdo de la argumentación de los detractores de la esgrima, consiste en suponer que todo en ésta es convencional, y que su aplicación al terreno es punto menos que ilusoria. (Medrados estaríamos si el arte de Cordelois quedase reducido á la importancia del de Tremiz, y si los *tiradores* no pasaran del carácter de danzantes y coreógrafos)

Precisamente en los tiempos que alcanzamos se ha realizado la tercera, y quizá la más trascendental revolución en el arte de la esgrima. Hasta principios del siglo era cosa acordada que en las armas no cabían ciertas actitudes violentas ó grotescas, ciertos ataques y ciertas defensas. La regularidad era la ley del arte, y el classicismo se imponía lo mismo á Leharpe y Marmontel, que al tirador Charlemaigne. Había golpes de maestro: primero lo fué el del ojo, luego el de la frente; después se puso en boga el del corazón, y yo, que no he alcanzado el *minut* ni la *ronda de pan y hueso*, he oído censurar á algún aficionado porque tiraba golpes al vientre, y he visto en alguna chaquetilla primorosamente bordado un corazoncito, muy enco y muy mono, objetivo de los pases de los buenos tímidos.

De la propia suerte, era cosa corriente que el atacado tenía por fuerza que *ir á la parada*, y al *golpe doble* se contaba siempre á favor del que había comenzado el ataque. Gozaban entonces de gran estima las *fiaras de armas* y el *parar á los firmes*, esto es, sin retroceder por concepto alguno. Sobre esta base, eran posibles los *golpes compuestos*, las *fiaras* interminables, los *empes* deslumbrantes y la esgrima, como arte, entablaba una complicación muy sabidiosa para hacer desahogar á cualquier *aficionado*. ¡Cuándo me acuerdo que Lafargere habla en su *Traité sur les armes* de nada menos que de 12,500 golpes!—Aquello era, en efecto,



Catedral de Worms.

